



Revista Conflicto Social - Año 12 N° 22 - Julio a Diciembre de 2019

A 50 años del Cordobazo: insurgencia obrera y transformaciones en la acumulación global de capital

50 years after the Cordobazo: labor insurgency and transformations in the global accumulation of capital

Sebastián Guevara*

*Recibido: 30 de agosto de 2019
Aceptado: 22 de noviembre de 2019*

Resumen: Este trabajo se propone indagar sobre una dimensión que ha sido poco atendida en los muy variados estudios que se han ocupado del proceso de movilización política masiva desarrollado desde fines de los '60. Los abundantes estudios que han examinado el período del Cordobazo desde diversas perspectivas se concentraron casi exclusivamente en la dimensión nacional del proceso. Sin embargo, el hecho de que simultáneamente en otras partes del mundo se estuvieran produciendo fenómenos similares (aunque con resultados diferentes) puso de relieve la existencia de un proceso social más general, que puede pensarse al nivel de la unidad mundial de la acumulación de capital. Este trabajo indaga sobre el vínculo entre las transformaciones en la unidad mundial y la movilización política protagonizada por los trabajadores en esos años.

Palabras clave: Acción obrera, ascenso de masas, acumulación de capital, ámbito nacional, división internacional del trabajo.

Abstract: This paper aims to investigate a dimension that has been little attended to in the very varied studies that have dealt with the massive political mobilization process developed since the late 1960s. The many studies that have examined the Cordobazo period from various perspectives focused almost exclusively on the national dimension of the process. However, the fact that similar phenomena were occurring simultaneously in other parts of the world (although with different results) highlighted the existence of a more general social process, which can be thought of at the level of the global unity of capital accumulation. This paper explores the link between changes in global unity and political mobilization led by workers in those years.

Keywords: Labor action, mass ascent, accumulation of capital, national space, international division of labor.

* Centro de Estudios e Investigaciones Laborales, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CEIL-CONICET)- Universidad de Buenos Aires. sebastianguevara@gmail.com

Introducción

El Cordobazo constituyó, en Argentina, un hito en el proceso de movilización política masiva que se desarrolló desde fines de los años '60 hasta su abrupta interrupción mediante el terrorismo ejercido desde el Estado por el gobierno militar instaurado en marzo de 1976. Dicho proceso de movilización ha sido abundantemente estudiado desde una gran variedad de perspectivas que lo han identificado como un ciclo de protesta específico, o bien como una fase de ascenso de masas, o como el desenvolvimiento de un momento en la radicalización e insurgencia obrera. A pesar de las diferencias que puedan existir entre esas diversas perspectivas, se han destacado un conjunto de rasgos que caracterizaron a este proceso de movilización, a saber: el fuerte protagonismo de las organizaciones vinculadas al territorio (laboral, de estudio, etc.); la presencia relevante de una importante variedad de corrientes políticas (principalmente de izquierda); la implementación generalizada de acciones de lucha “novedosas” o “poco tradicionales”; el despliegue de un dinámico cuestionamiento hacia las organizaciones políticas y sindicales más tradicionales de representación que le imprimieron al proceso un carácter anti-burocrático; la “incorporación” protagónica de “nuevos” actores sociales o la constitución de novedosas alianzas entre ellos; etc.

Simultáneamente, en muchas otras partes del mundo, se produjeron procesos de movilización política masiva que —a pesar de muchas, muy variadas y lógicas diferencias— compartieron esos rasgos característicos. De México a Brasil, en la región iberoamericana, en los Estados Unidos, en Francia, España, Italia, Alemania y otros países de Europa occidental (y no sólo) se desarrollaron un conjunto de luchas (obreras, estudiantiles, por derechos civiles o políticos, etc.) centradas en la dimensión territorial, desafiando o desbordando a las organizaciones gremiales y políticas existentes, implementando novedosas modalidades de acción, etc. Si bien la simultaneidad en la emergencia de estos procesos de radicalización e insurgencia por sí misma no aporta elementos explicativos, sí llama la aten-





ción acerca de la necesidad de reflexionar sobre la existencia de procesos sociales de alcance más general. Y, también, de lo insuficiente que puede resultar limitar la indagación sobre procesos de movilización política particulares, como el experimentado en la Argentina en ese periodo, en torno a las dimensiones exclusivamente locales de esos acontecimientos.

El reconocimiento del carácter mundial del capitalismo, a pesar de su desenvolvimiento a través de procesos nacionales, supone la necesidad (y el desafío) de dar cuenta de la relación concreta que guardan las muy distintas dimensiones que están presentes en cada objeto bajo estudio. En este caso en particular supone el reto de indagar sobre: las transformaciones que estaban desarrollándose en esos años en la unidad mundial de la acumulación de capital, su vínculo con el proceso “mundial” de radicalización e insubordinación y, más concretamente aún, de qué modo particular esas transformaciones se manifiestan en los procesos de movilización política desplegados en cada recorte nacional. En este trabajo se realiza una propuesta de reflexión en ese sentido, se pretende avanzar en el análisis concreto del proceso social nacional teniendo presente explícitamente su condición de parte integrante de un proceso social global.

La movilización política de masas en Argentina bajo análisis

Los estudios que se ocuparon del proceso de movilización política que se desarrolló en Argentina han examinado este período desde muy variadas perspectivas analíticas, han presentado debates sumamente enriquecedores y contrapuesto diferentes dimensiones bajo análisis. A pesar de esta diversidad se han destacado el conjunto ya mencionado de rasgos que resultaron característicos del proceso: la importancia del territorio como base para la organización de la acción, la multiplicación de orientaciones políticas y formas de acción “no tradicionales”, el cuestionamiento a las organizaciones tradicionales, etc. En lo que sigue se realizará una

presentación muy sintética (necesariamente recortada y, por tanto, arbitraria) de algunos de estos enfoques sobre la movilización obrera.

Los cambios experimentados por el proceso de industrialización han sido destacados como uno de los elementos explicativos de la conflictividad. Estos cambios, que se iniciaron con resultados variables desde principios de la década de 1950, buscaban aumentar la productividad del trabajo y necesitaban, para ello, avanzar el proceso de racionalización del trabajo. Fue en el intento de realizar este avance que chocaron con las organizaciones sindicales y más inmediatamente con las organizaciones que los trabajadores tenían al nivel de su lugar de trabajo. Sin embargo, estos enfrentamientos implicaron, en algunos casos, significativas derrotas para los trabajadores y no lograron desarrollar una tendencia ascendente sino hasta finales de la década de 1960. Esta tendencia ascendente estuvo, también, protagonizada por la organización de los trabajadores desde su lugar de trabajo, lo que redundó en una amenaza desbordar a las direcciones de las organizaciones sindicales -y en muchos casos esa amenaza se efectivizó (Basualdo, 2010; Carrera, 2010; James, 1981; Torre, 1983).

Estos cambios en el proceso de industrialización, conllevaron también una redistribución geográfica de la producción que implicó, a su vez, la transformación demográfica de varias regiones del país. De ahí que la composición de la clase obrera pasase a ser una de las dimensiones a ser estudiada a la hora de analizar la creciente conflictividad. Se tomaron como dimensiones significativas la condición juvenil, migrante, carente de experiencia y disciplina sindical y/o política de los trabajadores que alimentaron las nuevas actividades productivas y, con ellas, la conflictividad ascendente (Gordillo, 2008; Mignon, 2014; Brennan, 1996).

Las implicancias de estas transformaciones en el proceso inmediato de trabajo y su organización, también han sido destacadas como un elemento explicativo de la conflictividad. La extensión y profundización de la utilización de maquinarias fue introduciendo cambios en las modalidades de organización de la producción, pasando de una estructura sostenida





mayormente en la división manufacturera del trabajo a una tendiente a instaurar las bases de un sistema de máquinas. Estas transformaciones en la producción y en la organización de los procesos de trabajo fueron reduciendo el peso que tenía la intervención subjetiva de los trabajadores que les permitía mantener ciertos grados de control sobre el proceso de trabajo. De modo que los avances en la implementación de estos cambios en la producción chocaron constantemente con la resistencia y fueron desplegando una continua y, por momentos creciente, conflictividad obrera. Esta conflictividad, originada principalmente en los lugares de trabajo, potenciaba y daba curso a otras dimensiones de la lucha de clases (ya que vehiculizaba el desarrollo de organizaciones revolucionarias), es decirque permitía el despliegue de un contexto de radicalización política e insurgencia obrera (Harari, 2015).

Los cambios en el régimen político y sus implicancias en el desarrollo de distintas corrientes políticas combativas también han sido destacados como elementos fundamentales a la hora de entender la conflictividad obrera de estos años. Se ha destacado el rol jugado por la intransigencia del régimen político encabezado por Onganía para precipitar el proceso de radicalización política. Al reducir la eficacia en la negociación del modelo sindical tradicional abrió paso al desarrollo de diversas alternativas gremiales –CGTA, clasismo, etc.- así como a nuevas modalidades de acción que se multiplicaron desafiando a las direcciones políticas y sindicales existentes (Gordillo, 2008; Jelin, 1978; Lenguita & Dawyd, 2013; Mignon, 2014; Pozzi y Schneider, 2000; Laufer, 2015). La imposibilidad de controlar el ascenso de masas exclusivamentepor la vía represiva, dado el creciente peso adquirido por las organizaciones de izquierda (especialmente de aquellas que desplegaron la lucha armada), fue llevando al desarrollo de una crisis del régimen político, que algunos enfoques señalaron como indicador de una crisis orgánica del régimen social (Balvé et al., 2006; Pozzi, 2008). De este modo el retorno a la democraciay la posibilidad del regreso del peronismo al gobierno se presentó como parte del curso seguido por la crisis. Para algunos como el intento más eficiente

de contención del proceso revolucionario que se estaba abriendo paso (Aguirre & Werner, 2009; Löbbe, 2009), para otros como la cristalización del avance obrero en las relaciones de fuerzas entre los actores sociales y los respectivos modelos de acumulación (E. Basualdo, 2010; V. Basualdo, 2010). Sin embargo, la apertura democrática no detuvo el proceso de creciente movilización, sino que aportó nuevos elementos para su desarrollo: las disputas internas al interior del peronismo, la aguda competencia por la representación obrera, la oposición a los planes propuestos para gestionar la crisis en la acumulación de capital, etc. Será hasta la instauración del terrorismo de Estado que se logró imponer el disciplinamiento social que, finalmente, detuvo el proceso de movilización.

Otros enfoques se concentraron más en las características particulares del capitalismo en Argentina para aportar a explicar la conflictividad del período.

Uno de estos planteos focalizó en el desenvolvimiento de una nueva etapa de un capitalismo dependiente del imperialismo al que, necesitado de aumentar la productividad del trabajo para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, se le hizo imposible reproducir la asimilación política del grueso de la clase obrera. La necesidad de intensificar la explotación del trabajo, realizada mediante el reemplazo masivo de fuerza de trabajo por maquinaria (que coincidió con la fase de exportación de maquinarias e insumos de los países imperialistas), bloqueó la posibilidad de mantener la política redistributiva de la etapa anterior y, con ello, redujo el espacio para canalizar la voluntad de participación política obrera a través de la acción de tipo reformista. De este modo el devenir de la forma particular del capitalismo en Argentina, mediado por la configuración de alianzas y enfrentamientos de clases correspondientes, abrió paso al desarrollo de una acción política obrera radicalizada (Peralta Ramos, 1972).

Otro planteo destaca las características particulares que desplegó el capitalismo local, como resultado del desarrollo desigual y combinado de las tendencias generales de la acumulación de capital que cristalizaron en una relación de fuerzas entre las clases que, a su vez, resultó en el





fracaso de los intentos de “racionalización” necesarios para sostener su crecimiento. Las tendencias generales del capitalismo (a la expansión de la producción, el incremento en la composición orgánica del capital, el aumento relativamente menor de la productividad del trabajo y, por tanto, de la tasa de plusvalía) que determinan la caída de la tasa de ganancia, se desarrollaron de un modo particular (desigual y combinado) en Argentina. Y encontraron en la fortaleza relativa de la clase obrera un obstáculo permanente, y creciente, a los intentos del capital para avanzar sobre en su necesidad de restablecer las condiciones para su valorización. Finalmente, el terrorismo de Estado, ejecutado más sistemáticamente desde la dictadura militar en 1976, le permitiría al capital redefinir las relaciones de fuerzas entre las clases y realizar la reestructuración productiva que el capitalismo local requería (Ianni, 2010, 2011).

Por último, y un poco más detenidamente, se presenta la perspectiva que se sostiene en este trabajo. En ella se analizan estas formas políticas como las mediaciones que dan curso al desenvolvimiento de un proceso de acumulación de capital que porta como característica específica la posibilidad, para los capitales industriales, de valorizarse normalmente sin necesidad de desarrollar las condiciones normales de producción. Posibilidad que se realiza complementando su tasa de ganancia concreta con la apropiación de masas de riqueza social que excede la inmediata y normal explotación de la población obrera local (constituida principalmente por la renta agraria y, en algunos períodos, por la plusvalía extraordinaria que surge de comprar sistemáticamente la fuerza de trabajo por debajo de su valor). Esta forma específica de acumularse el capital se desplegó, especialmente a partir de las décadas de 1930 y 1940, bajo la forma de un proceso de expansión relativamente constante de la producción industrial. Sin embargo, al compararla con las condiciones normales -o medias- de la producción capitalista (Marx, 1995), esta industrialización se caracterizó por operar sistemáticamente en condiciones de obsolescencia técnica, baja productividad del trabajo aplicada, pequeña escala, etc. Es decir que la acumulación de capital en Argentina estaba limitada específica-

mente por la masa de riqueza social que se pudiera disponer para compensar las condiciones particulares en que operaban los capitales industriales. Si se reducía la brecha productiva que separaba las condiciones locales de producción respecto de las normales –o medias-, o bien aumentaba la masa de riqueza social extraordinaria apropiable, el proceso de acumulación de capital se ampliaba y la expansión de la producción industrial lo dejaba de manifiesto. Las formas políticas manifestaban y vehiculizaban estos movimientos expansivos: tanto a través del fortalecimiento de las organizaciones obreras (mediando el crecimiento del empleo y los salarios) como en las características de los gobiernos del Estado que representaban políticamente la unidad nacional de este proceso (“democrático burgueses”, “industrialistas”, “intervencionistas”, etc.). Ahora bien, si por el contrario la brecha productiva se profundizaba, o la masa de riqueza social extraordinaria apropiable disminuía (o simplemente no crecía a la misma velocidad que la necesidad de compensación de la valorización de los capitales) el proceso de acumulación entraba en un proceso que podría ser de estancamiento o bien de contracción. Esta fase contrapuesta de la acumulación tenía por forma política de realizarse los movimientos contrarios a los desplegados en los momentos de expansión; es decir: las organizaciones obreras veían retroceder su fuerza en el enfrentamiento de clases, el gobierno del Estado desarrollaba modalidades menos democráticas o abiertamente dictatoriales, con políticas económicas “liberales”, etc. De modo que, desde esta perspectiva, el proceso de movilización política de 1968-76 expresó un momento de choque del proceso de acumulación de capital contra su límite específico que, mediado por el desarrollo de la crisis internacional de mediados de los '70, se desarrolló en dos fases con características marcadamente contrastantes (Iñigo Carrera, 1998, 2007).

En la primera fase, la manifestación de este obstáculo a la expansión industrial, las limitaciones al crecimiento tanto del empleo como del salario se realizaron bajo la forma de un gobierno dictatorial (la “Revolución Argentina”) que impedía la representación política democrática y daba curso





a la contracción a través de diversas políticas de “racionalización”. La clase obrera desarrolló un proceso de resistencia que, al desplegar una crecientemente movilización, fue desafiando a las propias organizaciones sindicales y políticas que tendían a acomodarse a la situación de estancamiento relativo (adoptando, así, los rasgos crecientemente anti-burocráticos). La crisis internacional de mediados de los '70 tuvo uno de sus cursos de desarrollo mediado por la suba acelerada de los precios de las materias primas (sería el precio del petróleo, dado el alcance de sus efectos, el que llegaría a constituirse como hito histórico), y con ellos la acumulación de capital en Argentina vio ampliarse las condiciones para sostener su expansión. La limitación contra la que venía chocando fue vista como un problema de dirección política del proceso de acumulación. Para vastos sectores de la población obrera la remoción de la dictadura (y de aquellos que se adaptaban a ella) y el retorno a la representación popular plena (fin de la proscripción del peronismo) apareció como la condición para retomar la expansión del proceso social. Algunos sectores, más reducidos, pero relativamente significativos, extendían el cuestionamiento a diversas características del capitalismo argentino e incluso a un terreno más general de organización de la producción. De modo que la movilización política fue desplegando diversas formas de organización y lucha que consolidaron sus rasgos crecientemente anti-dictatoriales, anti-burocráticos, anti-patronales, anti-imperialistas, anti-capitalistas, combativos, revolucionarios, etc., Estos rasgos de la acción obrera la acompañarían en el momento máximo de la expansión del proceso de acumulación, que alcanzó su pico bajo la forma del gobierno peronista (plenamente democrático) en los años 1973/74.

Sin embargo, el proceso de producción de capital manifestó “el curso característico de la moderna industria” pasando de la “producción a todo vapor” a la “crisis y estancamiento” (Marx, 2014: 563). El desenvolvimiento de la crisis tuvo su segundo momento marcado por la caída, también acelerada, de los precios de las materias primas y, con ellos, la reducción de la masa de riqueza social que alimentaba a la acumulación en Argentina.

La aguda contracción que comenzó a desarrollarse en el año 1975 chocó violentamente con la movilización política existente. El gobierno plenamente democrático no pudo dar curso a la contracción, así como tampoco logró frenar completamente esta movilización, ni siquiera con los métodos terroristas que comenzó a implementar (Triple A, operativo represivo sobre Villa Constitución, “Navarrazo”, etc.). Sería, finalmente, una nueva dictadura militar la forma política a través de la cual se pondría fin a ese proceso de movilización y se daría curso a la aguda contracción del proceso de acumulación de capital (Guevara, 2016).

En esta apretada –y arbitraria- presentación se puede observar que: a pesar de las muchas y muy variadas diferencias que existen entre los enfoques sintetizados, el rasgo común que se destaca es que, en todos los casos, el núcleo central de la explicación parte de algún elemento propio de la dinámica social local. Esto resulta razonable, en la medida que el fenómeno que se está analizando es un proceso que se desarrolló al interior de un recorte social concreto. Sin embargo, simultáneamente, pero al interior de otros muy distintos recortes sociales concretos, se desarrollaron procesos que, al menos en sus términos generales, presentaron características semejantes. Concretamente, procesos sociales de movilización política masiva, radicalización e insurgencia, ciclos de protesta y auges de masas que desplegaron entre sus características principales los rasgos destacados para el caso de la Argentina de fines de los ‘60 y comienzos de los ‘70.

La movilización política de masas y la acumulación de capital global

En esos mismo años se abrió el ciclo de conflictos que evidenciaron la existencia de un proceso de movilización política masiva de la clase obrera en varias partes del mundo: los que se desarrollaron en Francia, y encontraron su hito principal en las movilizaciones de mayo de 1968; las huelgas de los obreros de Fiat en Italia que darían curso al “Otoño Ca-





liente” de 1969; las huelgas, minera y siderúrgica del ‘69 y las de los trabajadores automotrices del ‘73, que sacudieron a la República Federal Alemana; los conflictos de los trabajadores automotrices en el Reino Unido; los conflictos que se desarrollaron en Estados Unidos –como “disturbios raciales” que tuvieron lugar en el núcleo obrero automotriz de Detroit en EEUU a partir de 1967-; los conflictos en México; las huelgas metalúrgicas en Brasil, etc. En muchos de estos conflictos la base de organización de los trabajadores radicaba en el lugar de trabajo (en los lugares de estudio, en el caso de los universitarios) y, en el curso de los mismos, se desplegaron formas de acción que revestían una relativa innovación en las modalidades de confrontación (las huelgas salvajes, las ocupaciones fabriles, las acciones de autodefensa, etc.). En el marco de este ascenso de masas surgieron nuevas organizaciones sindicales y políticas que desafiaron a las centrales sindicales y a los partidos existentes, diversas corrientes políticas vieron crecer su capacidad para intervenir en la dirección de los acontecimientos –o de intentarlo de un modo sensato– se multiplicaron las organizaciones que adoptaron la lucha armada proclamando la necesidad de acelerar el componente revolucionario de la movilización obrera (Brinkley, 2003; Holloway, 1988; Mignon, 2014; Regalia, Regini y Reyneri, 1989; Sánchez Cuenca y Aguilar Fernández, 2009; Vigna, 2008).

A su vez, estos procesos de movilización política de masas, también, han sido objeto de muy variados estudios y análisis. En los cuales se ha buscado, más allá de las diferencias propias de los distintos ámbitos nacionales donde estos conflictos se desarrollaron, desplegar elementos explicativos generalizadores. Se ha enfatizado el elemento de la reacción obrera frente a la creciente descalificación del trabajo y la homogenización que imponía la organización fordista de la producción (Mignon, 2014: 167-171); o la directa impugnación al poder de mando de la clase capitalista a través del rechazo al trabajo (Negri, 2004: 324-325). Se ha identificado la conflictividad laboral con el intento obrero de escapar al hastío del trabajo rutinario y disciplinado (Holloway, 1988, p. 32); o con

la resistencia de los trabajadores frente a la persecución que el capital despliega en sus esfuerzos por contener al trabajo dentro del capital (Silver, 2005: 51-52). En general se ha identificado el proceso de insurgencia y radicalización del período con el ocaso del “pacto social de posguerra” que, en pos de integrar relativamente a los trabajadores y sus organizaciones para estabilizar la dominación política, fortaleció a la clase obrera en su enfrentamiento con el capital y resultó en la erosión paulatina de la tasa de ganancia y con ella de la propia valorización del capital (Ianni, 2011: 5; Silver, 2005: 69-79).

A pesar de compartir muchos de los rasgos característicos con el proceso de movilización desarrollado en Argentina, es claro que el cierre del proceso de movilización en estos países se realizó de un modo profundamente distinto. La reestructuración productiva se abrió paso, se redefinieron las relaciones de fuerza entre las clases a favor del capital, se dio inicio a un proceso de transformación en las formas de gobierno, se inició la reversión de las políticas universales, el desmantelamiento gradual del “Estado de Bienestar”, la diferenciación creciente en las condiciones de vida –integración regional y migraciones mediante-, etc. En síntesis, se fueron desarrollando las nuevas condiciones para el desarrollo de la valorización del capital, logrando implementar un nuevo “pacto social estable” sin que la represión se constituyese en el instrumento principal (lo que no significa que haya estado completamente ausente o no se haya focalizado sobre determinados actores políticos) (Mignon, 2014: 226; Silver, 2005: 69).

La existencia de ese conjunto de “similitudes” (e incluso la diferencia en el modo en que se cerró) pone inmediatamente en cuestión la potencialidad de concentrar la explicación del proceso de movilización política masiva experimentada en la Argentina simplemente a partir de los elementos destacados de la dinámica local, por muy razonable que pudiera parecer.

Destacar que los diversos estudios centraron su núcleo explicativo en diversos rasgos del proceso social local no pretende sugerir que en





ellos los acontecimientos internacionales sean negados o desconocidos. Por el contrario, todos reconocen la existencia de este proceso general. Sin embargo, al momento de hacerlo, este proceso general no aparece integrado (por ponerlo en términos exteriores) en la explicación del proceso local. El fin de ciclo de posguerra aparece mencionado, los cambios en la economía mundial o el desarrollo de la crisis internacional son puestos como “contexto” o “telón de fondo” en el marco del cual el fenómeno local se desarrolló. Sin embargo, el vínculo concreto entre ambas dimensiones pocas veces aparece como un objeto específico de la reflexión.

Uno de los casos en los que la reflexión se detiene particularmente en esta cuestión es el trabajo de Silverquién, desde la perspectiva del “sistema-mundo”, afirma la necesidad de partir desde la concepción del capitalismo como totalidad y que los recortes nacionales -así como las relaciones entre ellos- deben comprenderse desde su condición de partes de ese todo. En el mismo sentido la lucha de clases debe comprenderse dentro de la división internacional del trabajo, al igual que el conjunto de las relaciones entre los principales agentes (trabajadores, capital, Estados) y las restricciones “sistémicas” que los afectan (Silver, 2005: 42-47). Es decir que los procesos locales de la conflictividad obrera deben ser estudiados considerando las restricciones reales que la totalidad impone al accionar de los agentes, al mismo tiempo que se tienen en consideración los efectos que esos procesos locales puedan desarrollar en la totalidad del sistema. Y por esto, desde su perspectiva, resulta relevante el estudio de los ciclos “mundiales” de conflictividad como el de fines de los años 60, ya que son esas “grandes oleadas” las que empujan al capital a emprender diversas “soluciones” (espacial, tecnológica, de productos y financiera), innovaciones en el sistema para intentar contener y disciplinar a la “fuerza de trabajo”. De este modo el proceso de auge de masas de fines de los 60 en Europa y Argentina sería una consecuencia de la “solución espacial” aplicada por los capitales en EEUU frente a la conflictividad obrera de las décadas de 1930/40. A la vez que operaría como

detonante de un nuevo desplazamiento hacia nuevas regiones productivas, caracterizados por salarios más bajos, a partir de mediados de los '70s (Silver, 2005: 170-183).

Sin embargo, el analizar el desplazamiento internacional de la producción y la innovación técnica simplemente como mecanismos del capital para intentar contener y disciplinar a los trabajadores, mientras le permite escapar de la rebeldía obrera (y sus elevados salarios), presenta algunas dificultades. Por un lado, aquellas vinculadas a la inversión del sentido de la determinación entre explotación y dominación, entre la extracción de plusvalía y la resistencia obrera, etc.; en síntesis la relación concreta entre la producción del capital y la lucha de clases.¹ Pero por el otro lado, y más inmediatamente presente en los fenómenos que se están tratando aquí, esta perspectiva sobre el desplazamiento de la producción supone una existencia homogénea de las determinaciones generales del capitalismo en los distintos recortes nacionales sobre los cuales se va desplegando la producción. Es decir, se sostiene que al “solucionar” los conflictos abiertos en un país con el desplazamiento de la producción hacia otro, se desplazan también las condiciones para la futura emergencia de la conflictividad (Silver, 2005: 170-183.). Esto supone que no existen, más allá de diferencias cuantitativas en términos de riqueza o desarrollo, diferencias cualitativas entre las distintas partes nacionales que componen el sistema capitalista. Estas diferencias son las que dan fundamento a la división internacional del trabajo y, por tanto, tampoco existirían modos cualitativamente diferenciados de participar en la totalidad: potencialmente la producción podría desplazarse a cualquier recorte nacional para aplicar alguna “solución” y luego, más tarde o más temprano, se presentarían los mismos resultados. De este modo la sugerencia de comprender las par-

¹ Si bien será parcialmente retomada en lo que sigue, los extensos y muy variados debates que tienen por objeto a la relación entre “las leyes objetivas del capital” y la acción política de las clases sociales no serán abordados en este trabajo. Sin embargo, puede sugerirse la consulta sobre algunos de estos debates: vinculados al Estado capitalista, Míguez (2010) y Starosta y Caligaris (2017); vinculados a los límites del capitalismo y la acción revolucionaria, Caligaris (2018); y aquellos vinculados a la relación con los movimientos cíclicos del capital, Mandel (1995).





particularidades de las partes que conforman el sistema y las restricciones que este les impone a los agentes sería dejada de lado.

Por su parte el mencionado trabajo de Mignon (2014) destaca centralmente la participación del ciclo de protestas desarrollado en Argentina dentro de un proceso más general de insubordinación obrera que, al implicar un “rechazo al trabajo” (p. 170), desafió implícitamente el orden social capitalista. Menciona que está vinculado a los cambios en el capitalismo a nivel general y al agotamiento de la etapa de la acumulación que se había inaugurado al finalizar la segunda guerra mundial (Mignon, 2014: 167). Pero no avanza más allá en la identificación de los alcances que tienen de dichos cambios, tanto a nivel global como nacional, ni en el modo concreto en que el proceso general de insubordinación obrera participó de esas transformaciones.

Los trabajos de Ianni enfatizan la necesidad de analizar el proceso desplegado localmente como un momento particular, mediado por el desarrollo desigual y combinado, del proceso global de acumulación de capital (Ianni, 2011: 5). Así como la pertinencia de considerar los acontecimientos de la lucha de clases que se desenvuelve en Argentina como partes singulares de un proceso de lucha de clases general (Ianni, 2010: 2).

Sin embargo, al momento de avanzar en la identificación del vínculo concreto –su modo de existencia- entre el todo y las partes, se presentan algunas ambigüedades. Por un lado se parte del reconocimiento de la transformación que estaba experimentando la acumulación a escala global como formada por la necesidad inherente del capital de profundizar la subsumición real del trabajo; de la tendencia al aumento de la composición orgánica y la consiguiente tendencia a la caída de la tasa de ganancia como un producto del despliegue de la dinámica del capital en su búsqueda continua de ampliar su valorización (Ianni, 2010: 22). Allí los conflictos obreros aparecen como una reacción frente a los intentos de intensificar su explotación. Pero por el otro lado se plantea que la caída en la rentabilidad del capital se produjo por el fortalecimiento “subjetivo y objetivo” de la clase obrera que le permitió mejorar sus condiciones de

venta de la fuerza de trabajo (Ianni, 2010: 24). Allí los conflictos obreros aparecen como los desencadenantes de la reacción del capital, y éste necesita redefinir las relaciones de fuerza para imponer el disciplinamiento social que le permita restituir las condiciones de su valorización, atacadas por la lucha obrera. De modo que aquí lo que aparece no es una inversión en el sentido de la determinación entre las tendencias generales del capital y lucha de clases, sino el enfrentamiento contradictorio entre dos sentidos de la determinación (la tendencia del capital determina la reacción obrera vs. la lucha de clases determina el curso de la acumulación del capital).

Esta ambivalencia reproduce la presentada en todo el planteo que Mandel (1986) realiza al analizar la “interrelación” entre las tendencias “endógenas” y “exógenas” (p.43) que explican el paso de una onda larga ascendente del desarrollo capitalista a una descendente. En este planteo el paso de la expansión a la depresión responde a las “necesidades internas” y a la “lógica de la acumulación de capital”, que se sintetizan en el movimiento descendente de la tasa de ganancia (que lleva a la reacción defensiva de la clase obrera). Mientras que el paso contrario, a una nueva onda ascendente, depende de un cambio radical en las relaciones de fuerza entre las clases que le permita a la burguesía producir un fuerte y sostenido crecimiento de la tasa de ganancia, haciendo retroceder a la clase obrera de las posiciones conquistadas previamente. (Mandel, 1986: 49). Es así que coexisten los ciclos de la lucha de clases (de ascenso y descenso de la combatividad y radicalidad de la clase obrera) que se desenvuelven de modo relativamente independiente de las ondas largas de la acumulación del capital. La solución propuesta para esta ambivalencia, porqueno se puede desconocer que el movimiento de ambos ciclos “en cierta medida esté entrelazado”, radica en apelar a la autonomía para caracterizar la relación entre los factores subjetivos –v.gr. la lucha de clases- respecto de los factores objetivos –las “necesidades objetivas del capital” (Mandel, 1986: 43-44). Desde esta perspectiva el proceso de movilización masiva experimentada en los países “imperialistas” desde fines de los 60 se caracterizó como una fase exacerbada de lucha de clases pro-





ducto de las crecientes dificultades que los capitalistas encontraban para sostener su rentabilidad. Se trató de un período de transición que marcó el final de la ola ascendente de posguerra y la transición a la fase descendente que se estaba abriendo (Mandel, 1977: 16). Y si bien, desde entonces la clase obrera comenzó a experimentar un debilitamiento progresivo y un retroceso sostenido en sus posiciones de fuerza, esto no implicó una derrota suficientemente radical como para abrir una nueva fase expansiva (Mandel, 1995: 114). A una conclusión similar llega Ianni (2010) para el análisis de la situación en Argentina: a pesar de lo sangriento del proceso represivo, la capacidad de resistencia restante de los trabajadores le impidió al capital profundizar suficientemente la explotación (pp. 27-28).

Por último, la perspectiva desarrollada por Iñigo Carrera parte del reconocimiento de la unidad mundial de la acumulación de capital y de los recortes nacionales como momentos diferenciados de la misma (Iñigo Carrera, 2013: 57). Por eso en el análisis del recorte nacional argentino y su modalidad específica de acumulación de capital, el proceso global está presente de manera constante (Iñigo Carrera 2007: 41-85). Desde esta perspectiva, fue la emergencia de la nueva división internacional del trabajo (desde mediados de la década de 1960 claramente visible en Europa y EEUU) la que agudizó el límite específico que encontraba la acumulación de capital para reproducirse fluidamente en Argentina (Iñigo Carrera 1998: 16-21). Esta nueva división internacional del trabajo –forma particular en que el capital avanzó en la producción de plusvalía relativa– se desplegó a través de la fragmentación internacional de los procesos de producción y la especialización relativa de los distintos ámbitos nacionales: en algunos países se concentraron las porciones más complejas del proceso de producción mientras en otros lo hicieron las porciones más simples del mismo, conformándose una cadena internacional en cuyos distintos eslabones se distribuyen toda una gradación de complejidades intermedias (y en la que algunos ámbitos nacionales se constituyen, principalmente, en reservorios de fuerza de trabajo sobrante). Esta fragmentación y especialización productiva se sostiene, a su vez, mediante la

diferenciación internacional en las condiciones en que se produce y reproduce la fuerza de trabajo. Es decir que las distintas fracciones del obrero colectivo, desde las que realizan el trabajo más complejo hasta aquellas que realizan el trabajo más simple, ven diferenciarse radicalmente sus condiciones generales de vida y trabajo, a tal punto que se les hace cada vez más difícil reconocerse en su unidad de clase (Iñigo Carrera, 2013: 53-88).

Esta nueva fase de la acumulación de capital se manifestó como un limitante para el capitalismo argentino, que no tiene un rol significativo en esta nueva división internacional del trabajo, de un doble modo. Por un lado, implicó un aumento agudo de la productividad media o normal del trabajo y, así, se agrandó la brecha que separa las condiciones de producción normales o medias y las que el capital aplica en Argentina. Y, además, al desarrollar una fase de expansión de la producción global sobre la base del abaratamiento relativo general de la fuerza de trabajo (dada la diferenciación de las condiciones de producción de la clase obrera y la incorporación masiva de fuerza de trabajo barata), se ralentizó el crecimiento del consumo de alimentos y, con ello, se produjo una reducción relativa de los precios de las materias primas y, con ellos, de la renta agraria que fluye hacia el proceso nacional. De este modo la nueva base sobre la que se reproduce la unidad mundial de la acumulación de capital agudiza por todos lados el límite específico con el que choca la valorización del capital en Argentina. Y fue, como ya se mencionó antes, el tránsito a una fase de estancamiento y contracción así determinados el que tomó forma a través de la lucha de clases en el agitado período de 1968 -1976 (aunque, claramente, las transformaciones que se estaban produciendo en ese momento trascendieron en el largo plazo).

Si bien esta perspectiva tiene presente el movimiento de la unidad mundial para analizar el contenido del proceso nacional, las formas políticas particulares desplegadas en el período estudiado son explicadas por este contenido nacional. De este modo los rasgos combativos, anti-burocráticos, etc. de la acción obrera desplegada en esos años se explican por





su condición de partes en el movimiento de la acumulación de capital en Argentina (lo que no podría ser de otro modo) y éste a su vez se muestra explícitamente en su vínculo con el proceso global. Sin embargo, en este caso nuevamente la razón de por qué vastos sectores de la clase obrera a nivel internacional desplegaron, simultáneamente, acciones políticas con rasgos similares (aunque resultados distintos) queda fuera de la reflexión.

Formas políticas similares, rol diferenciado en la acumulación global

En esta sintética presentación crítica queda pendiente aún, desde la perspectiva que aquí se sostiene, una respuesta más acabada sobre la cuestión de por qué las formas políticas en distintos procesos nacionales de acumulación presentaron las similitudes de características y tiempos que presentaron. Los diversos procesos de radicalización e insurgencia que se desplegaron en los distintos países en el período no pueden basar su explicación exclusivamente en la indeterminada eficacia de la intervención de las corrientes de izquierda en el movimiento obrero, ni en el resultado variable de los enfrentamientos entre alianzas políticas contrapuestas por la imposición de modelos de acumulación, así como tampoco en la existencia de una crisis orgánica del capitalismo argentino o el desenvolvimiento de su modo específico de acumulación.

Es claro que la existencia de un movimiento al nivel de la unidad mundial de la acumulación de capital, necesariamente, debe constituir el punto de partida para la indagación, de modo tal que las formas políticas “similares y simultáneas” encuentren allí el contenido común que las explique. Pero también es necesario profundizar la indagación sobre las diferencias cualitativas existentes entre las partes nacionales de esa unidad mundial que, justamente por ser parte de ese todo, desarrollan sus características específicas (donde sí ganan peso explicativo las distintas dimensiones de los procesos nacionales). De modo tal que, a pesar de formar parte de un proceso general y de ser expresiones de un contenido

común, permita comprender-además de las similitudes— sobre todo las diferencias en el despliegue de las formas políticas y, en este caso concreto, los distintos resultados alcanzados en los diversos procesos sociales donde se experimentó el auge de masas desde fines de los años '60.

Concretamente —y de un modo muy breve— se podría sugerir que los cambios en la acumulación global de capital que se desarrollaron vía la emergencia de la nueva división internacional del trabajo, significaron, tanto para los países de Europa y EEUU como para la Argentina (y el resto de los países de América Latina que comparten las características específicas en su proceso de acumulación), el fin de la forma general en que se desenvolvía la acumulación nacional de capital hasta las décadas de 1960 y 1970. El despliegue del proceso internacional de fragmentación y especialización de la producción significó, para los países europeos y EEUU, la salida de una serie actividades productivas más allá de sus ámbitos nacionales y, con ellas, porciones considerables de la población obrera vieron amenazadas sus condiciones de reproducción.

Las formas políticas dieron curso a esta transformación. La fortaleza de la acción obrera, desarrollada durante la fase anterior en su lucha salarial y por condiciones de trabajo,² venía erosionando la rentabilidad del capital. Éste no lograba apropiarse plenamente de los beneficios (cada vez menos significativos) del enlentecido crecimiento de la productividad del trabajo. Los intentos de avance del capital para contener la caída de la rentabilidad, la intensificación de la explotación y la búsqueda de disciplinar a la clase obrera para aumentar la productividad, agudizaron la conflictividad. De modo que la radicalización e insurgencia obrera, que desbordaron a las organizaciones obreras (centrales sindicales, partidos socialistas y comunistas, etc.) que hasta entonces venían administrando su participación en la gestión política de la acumulación y eran la base de

²La fuerza desarrollada por la clase obrera de los países de Europa occidental y EEUU en ese período, estaba fundada en la relativa preponderancia de la necesidad del capital de contar con una fuerza de trabajo portadora de atributos productivos tendencialmente universales. (Iñigo Carrera, 2013: 61-62).





su fortaleza, incentivaron al capital a introducir las innovaciones técnicas que permitieron dar el salto en la productividad del trabajo, avanzando, así, en el proceso de producción de plusvalía relativa. La caída de la tasa de ganancia en los países industriales clásicos agudizó la competencia entre los capitales (en pos de una ganancia extraordinaria) que implementaron la nueva base técnica (asentada en la microelectrónica). Esta nueva base técnica le permitió al capital poner en actividad a parte de la superpoblación obrera que estaba latente hasta entonces (principalmente en el sudeste asiático) en aquellas actividades industriales que se especializaron en las porciones más simples del proceso productivo. Así el capital, en lugar de simplemente dar curso a un indeterminado impulso disciplinador, dio paso al desarrollo de las nuevas condiciones globales de producción de plusvalía.

Luego, ya frente a la reestructuración productiva que implicó esta transformación, la clase obrera en Europa y EE.UU. vio retroceder su fortaleza política, fraccionarse sus organizaciones, agudizarse la competencia por la venta de sumercancía, etc. Sin embargo, este retroceso obrero tenía el límite que le ponía el papel que estos procesos nacionales tenían que jugar en la nueva división internacional del trabajo. Al especializarse en las tareas que concentran las fases complejas del proceso global de trabajo, necesitaban producir a, al menos una fracción de, la clase obrera con nuevos y más desarrollados atributos productivos (capaces de sostener y expandir la complejidad del trabajo). De modo que el fraccionamiento y la diferenciación al interior de la clase obrera tenía por límite el punto en que se obstaculizara la capacidad de producir a esta fuerza de trabajo. La etapa “neoliberal” que se abrió después de la insurgencia dio curso, a nivel local, a esa diferenciación relativa en las condiciones de reproducción de la población obrera: se revirtió gradualmente el “Estado de bienestar” como herramienta de la producción universal de fuerza de trabajo de la etapa anterior y se desplegaron políticas públicas focalizadas, ajustadas a las distintas fracciones de la población obrera (además de administrar los procesos migratorios, tanto legales como ilegales, que per-

mitieron agudizar más aún la diferenciación en las condiciones de reproducción). La etapa “neoliberal” en estos países significó el establecimiento del nuevo “pacto social estable”, más antipático que el anterior para la clase obrera, sí, pero estable.

En el caso de Argentina el desarrollo de la nueva división internacional del trabajo significó, como ya se mencionó, una tendencia a la agudización del límite específico que porta esta modalidad nacional de acumularse el capital. Viéndose afectada tanto por el lado de la profundización de las diferencias de productividad aplicadas local y globalmente como por la propensión a la contracción de la renta de la tierra que aporta a compensar esas diferencias. A pesar de la profundidad de la crisis de mediados de la década del '70 (y de las transformaciones desplegadas desde entonces) Argentina no modificó cualitativamente su modo específico de ser parte de la unidad global de la acumulación de capital (Caligaris, 2016; Fitzsimons y Guevara, 2016; Iñigo Carrera, 1998). Es decir: no desarrolló una participación específica en la nueva división internacional del trabajo, sino que se reprodujo sobre la base de su especialización relativa en la producción de materias primas, como parte de la clásica división internacional del trabajo. De modo que los cambios en la unidad mundial significaron un límite a la posibilidad de continuar expandiéndose sobre su vieja base, pero sin desarrollar posibilidades de hacerlo sobre la nueva. Se abrió así una fase de estancamiento y decadencia relativa de la acumulación que, mediada por la crisis internacional, continúa con ritmos variables hasta nuestros días.

En este caso la realización de estos movimientos a través de la acción política de las clases en su enfrentamiento adoptó las ya mencionadas formas de radicalización política al momento de chocar agudamente contra su límite. Éste aparecía como una limitación impuesta exteriormente, o bien por el régimen político dictatorial, o bien por el imperialismo o las formas particulares del capitalismo argentino. Así la acción política obrera desarrolló expresiones ideológicas que manifestaban esta apreciación. En la lucha anti-dictatorial, por el retorno de la democracia plena





(que no significaba otra cosa que el retorno de Perón); en la lucha anti-imperialista y, con ella, contra ciertas características del capitalismo nacional (la preeminencia del capital extranjero, la no-gestión estatal de sectores claves de la producción, etc.); en la lucha revolucionaria, por la necesidad de aumentar la fuerza en el combate contra estos impedimentos; en la lucha anti-burocrática, por la necesidad de barrer con todos los “cómplices” en la reproducción de estas limitaciones (fueran los dirigentes sindicales o políticos tradicionales dentro del peronismo o los “anquilosados” y pacificados partidos socialistas y comunistas en el ámbito de la izquierda). Luego la contracción, que abrió la fase de estancamiento, comenzó a desenvolverse durante el gobierno peronista. A través del creciente proceso represivo se buscó interrumpir la movilización abierta durante la fase anterior. Pero el peronismo se manifestó incapaz de dar curso pleno a la magnitud de la contracción frente a la resistencia ofrecida por el todavía vigente proceso de movilización. Fue la instauración de una nueva dictadura militar, que sistematizó la represión, aplicando el terror como método desde el Estado, la que logró dar curso a la contracción y establecer las condiciones para la larga fase de reproducción decadente de la acumulación de capital que caracterizaría las décadas siguientes. Esta nueva fase se sostuvo sobre las mismas bases anteriores, a pesar de las dificultades que le imponía la reestructuración global de la acumulación de capital. Sin embargo, la compra sistemática de la fuerza de trabajo por debajo de su valor, mediada por la violencia de la contracción y de la forma política de su realización, se amplió como fuente complementaria de riqueza social compensatoria. Se abrió, así, una larga fase de degradación general en las condiciones de reproducción de la población obrera. Esta fase no estuvo exenta de las formas políticas identificadas con la etapa “neoliberal”: creciente proceso de diferenciación en las condiciones de vida, reducción –más abrupta– del “Estado de bienestar” local, etc.

En pocas palabras lo que se está proponiendo es que: el elemento común detrás de la fase de movilización estuvo dado por las transformaciones críticas que afrontaron los distintos procesos nacionales como par-

tes del cambio general al nivel de la unidad mundial de la acumulación de capital; y que el proceso de radicalización e insurgencia obrera puso de manifiesto esta crisis-a la vez que fue vehículo de la misma. Mientras que las determinaciones diferenciales respecto al modo de participar en la unidad mundial de la acumulación (los roles cualitativamente distintos en la división internacional del trabajo) explican los divergentes cursos seguidos por los distintos ámbitos nacionales y las formas políticas en que se “resolvieron” los procesos de movilización del período.

Conclusión

En este trabajo se presentaron sintéticamente diversos enfoques desde los que se ha estudiado el proceso de movilización política que protagonizaron los trabajadores en Argentina desde fines de la década de 1960 hasta la instauración del terrorismo de Estado con la última dictadura militar. Más allá de las múltiples dimensiones enfatizadas en esos enfoques, se destacó el hecho de que en todos ellos el núcleo central de la explicación radica en elementos propios de la dinámica social nacional.

La existencia simultánea de un “ciclo mundial de conflictos” –con rasgos similares a los que caracterizaron el “ascenso de masas” local– puso de relieve la ausencia de la dimensión “mundial” en la mayoría de los estudios sobre el proceso argentino. Por eso para indagar sobre el vínculo concreto entre los cambios que se estaban desarrollando al nivel de la unidad mundial de la acumulación de capital, se presentaron críticamente aquellos planteos que parten de reconocer el contenido global del capital y la forma nacional de su movimiento. La atención estuvo centrada, especialmente, en las propuestas que presentan para explicar la relación entre las transformaciones generales en la acumulación y el desarrollo de la conflictividad obrera.

A partir de esa presentación se avanzó en la formulación de un análisis que busca dar cuenta tanto de las determinaciones generales que





estuvieron presentes en el proceso de movilización política protagonizado por los trabajadores en el periodo abierto a finales de la década del 60, como de las determinaciones particulares que dieron como resultado los diferentes cursos que se abrieron desde entonces. Sintéticamente lo que se propuso fue que el elemento común detrás del proceso insurgencia y radicalización general estuvo dado por –y a su vez vehiculizó– las crisis que se desarrollaron en los distintos procesos nacionales de acumulación, como momentos de la transformación que se estaba operando al nivel de la unidad mundial del capital. Y que las formas diferentes en que se “cerró” ese proceso en cada país (o región) se explican por los roles cualitativamente distintos que estos jugarían en la nueva división internacional del trabajo que estaba emergiendo.

Bibliografía

Aguirre, F., & Werner, R. (2009). *Insurgencia Obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*. Buenos Aires: Ediciones IPS.

Balvé, B., et al. (2006). *Lucha de calles, lucha de clases Elementos para su análisis (Córdoba 1971-1969)*. Buenos Aires: Ediciones ryr y CICSO.

Basualdo, E. (2010). *Estudios de Historia Económica Argentina: Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno argentina editores sa.

Basualdo, V. (2010). Los delegados y las comisiones internas en la historia argentina: 1943-2007. En D. Azpiazu, M. Schorr, & V. Basualdo, *La industria y el sindicalismo de base en la Argentina*. Buenos Aires: Cara o Ceca.

Brennan, J. P. (1996). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.

Brinkley, D. (2003). *Wheels for the World: Henry Ford, His Company, and a Century of Progress*. Nueva York: Viking Books.

Caligaris, G. (2016). The global accumulation of capital and ground rent in «resource rich» countries. En G. Charnock & G. Starosta, *The new international division of labour. Global transformation and uneven development*. Londres: Palgrave Macmillan.

_____ (2018, abril). "Revisitando el debate marxista sobre el 'derumbe' del capitalismo. Una crítica metodológica". En *Izquierdas*, (39), 182-208.

Carrera, P. (2010). *La lucha obrera durante la «revolución argentina» un estudio de caso: fábrica peugeot (1966-1973)*. Bs. Aires: Flor de Ceibo.

Fitzsimons, A., & Guevara, S. (2016). Transnational Corporations and the "Restructuring" of the Argentine Automotive Industry: Change or Continuity? En G. Charnock & G. Starosta, *The New International Division of Labour. Global Transformation and uneven development*. Londres: Palgrave Macmillan.

Gordillo, M. (2008). Sindicalismo y radicalización en los setenta: Las experiencias clasistas. En C. E. Lida, H. G. Crespo, & P. Yanquelevich, *Argentina, 1976: Estudios en torno al golpe de estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Guevara, S. (2016). Conflictos obreros en la industria automotriz argentina: Análisis de la acción obrera en la planta de Ford antes y después del golpe militar de 1976. Presentado en VIII Congreso ALAST. *La recuperación de la centralidad del trabajo en América Latina. Actores, perspectivas y desafíos.*, Buenos Aires.

Harari, I. (2015). *A media máquina. Procesos de trabajo, lucha de clases y competitividad en la industria automotriz argentina (1952-1976)*. Buenos Aires: Ediciones RyR.

Holloway, J. (1988). *La rosa roja de nissan*. Brecha, 4, 29-50.

Ianni, V. (2010). La industria automotriz argentina en la crisis de mediados de los setenta. III Jornadas de Economía Crítica. Presentado en III Jornadas de Economía Crítica., Rosario.





_____ (2011). Un aporte al análisis de las causas de la ruptura histórica de marzo de 1976. IV Seminario Internacional Políticas de la Memoria, 1-12. Buenos Aires.

Lñigo Carrera, J. (1998). La acumulación de capital en Argentina. Recuperado de <https://cicpint.org/es/inigo-carrera-juan-1998-la-acumulacion-de-capital-en-argentina-documento-de-trabajo-del-cicp>

_____ (2007). *La formación económica de la sociedad argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi.

_____ (2013). *El capital: Razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Buenos Aires: Imago Mundi.

James, D. (1981). "Racionalización y respuesta de la clase obrera: Contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina", en *Desarrollo económico*, 21(83 (OCT-DIC), 321-349.

Jelin, E. (1978). "Conflictos laborales en la Argentina 1973-1976". *Revista Mexicana de Sociología*, 40(2), 421-463.

Lenguita, P., & Dawyd, D. (2013). "Los setenta en Argentina: Autoritarismo y sindicalismo de base". *Revista Contemporânea*, 3(3), 56-75.

Löbbecke, H. (2009). *La guerrilla fabril. Clase Obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*. Buenos Aires: Ediciones RyR.

Mandel, E. (1977). *La crisis 1974-1980*. Mexico: Era.

Mandel, E. (1986). *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*. Madrid: Siglo Veintiuno española editores sa.

Mandel, E. (1995). *Long Waves of Capitalist Development. A Marxist Interpretation* (segunda edición revisada). Londres: Verso.

Marx, K. (1995). *El Capital. Crítica de la economía política*. Tomos I y III. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mignon, C. (2014). *Córdoba Obrera. El sindicato en la fábrica 1968-1973*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Míguez, P. (2010, diciembre). El debate contemporáneo sobre el Estado en la teoría marxista: Su relación con el desarrollo y la crisis del capitalismo. *Estudios Sociológicos*, XXVIII(84), 643-689.

Negri, A. (2004). *Los libros de la autonomía obrera*. Madrid: Akal.

Peralta Ramos, M. (1972). *Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1930-1970)*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Pozzi, P. (2008). *La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Pozzi, P. y Schneider, A. (2000). *Los setentistas, izquierda y clase obrera (1969-1976)*. Buenos Aires: EUDEBA.

Regalia, I., Regini, M., & Reyneri, E. (1989). Los conflictos laborales y las relaciones laborales en Italia. En C. Crouch & A. Pizzorno, *El resurgimiento del conflicto de clases en Europa Occidental a partir de 1968*. Tomo I. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de España.

Rodolfo Laufer. (2015). El clasismo en el SMATA Córdoba. Ocupaciones fabriles, democracia sindical e izquierda clasista: La toma de la matricería Perdriel, mayo de 1970. *Estudios del Trabajo*, 0(50). Recuperado de <https://aset.org.ar/ojs/revista/article/view/9>

Sánchez Cuenca, I. y Aguilar Fenández, P. (2009). Violencia política y movilización en la transición española. En S. Baby, *Violencia y transición política a finales del siglo XX*. Europa del Sur- América Latina. Madrid: Casa de Velazquez.

Silver, B. (2005). *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid: Akal.

Starosta, G., & Caligaris, G. (2017). *Trabajo, Valor y Capital. De la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

Torre, J. C. (1983). *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976*. Buenos Aires: CEAL.

Vigna, X. (2008). Las huelgas obreras de mayo-junio de 1968. En D. Bénard, J. Kergoat, J.-B. Thomas, & X. Vigna, *68, Mayo Francés: Cuando obreros y estudiantes desafiaron al poder*. Buenos Aires: Ediciones IPS.

